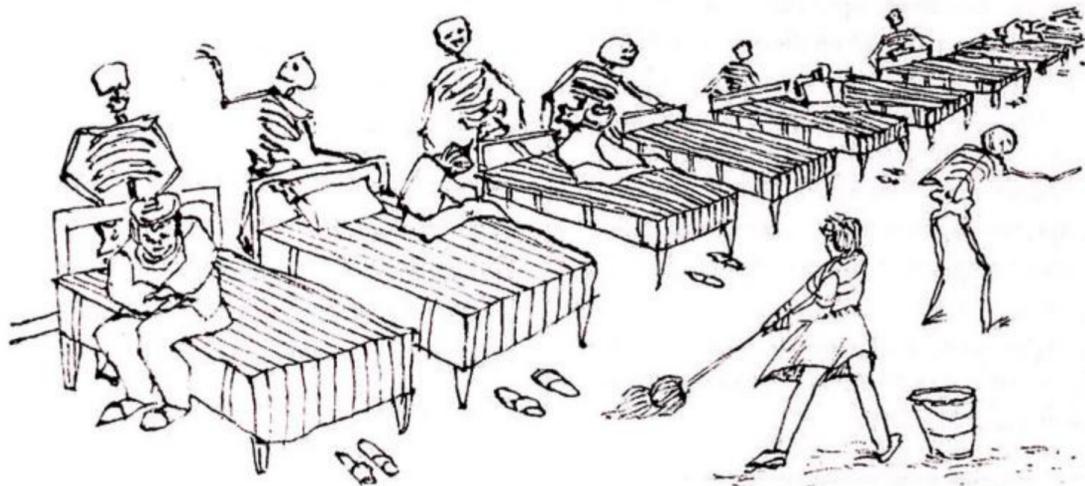


invitación al goce sensorial. Por eso, no creo que aproximarse a ella con la actitud analítica de un científico social sea la que lleve a una "lectura" más provechosa.

Este trabajo nos agarra, como el amor, por los cinco sentidos. Es una exaltación de las costumbres y objetos para meter, sostener, empacar bollos limpios, casabes, cafongos, hallacas, quesos, agua, espejuelos, cocadas, utensilios, niños, en las llanuras de lo que fue la antigua Provincia de Cartagena.

Abrir el empaque que contiene el libro y las veintitrés ilustraciones es comulgar con quienes durante milenios han realizado el ritual de abrir los alimentos envueltos en hojas de bijao. Su textura rugosa, el color, el ruido que hace la hoja entre nuestros dedos, la boca que se nos agua anticipando el sabor de la clorofila impregnado en el bollo, y el olor del maíz cocinado, todo se revive al ir deshojando este recipiente.



Las ilustraciones, las fotografías, la investigación impecable y el texto austero, sin pretensiones eruditas o histriónicas, no hacen sino resaltar la dignidad de las mujeres y hombres que habitan las veredas, haciendas, fincas, rozas, caseríos y pueblos de las llanuras caribeñas.

Lo que logra con su obra Cristo Hoyos es ayudarnos para que nos podamos querer más a nosotros mismos. Que esto se haya logrado con los auspicios del Observatorio del Caribe no es un hecho fortuito: ninguna entidad ha hecho más en el último quinquenio para dignificar la cultura de los habitantes de nuestra costa.

Pero sobre todo quiero darle las gracias a Cristo Hoyos por el placer que nos ha dado con su obra.

ADOLFO MEISEL ROCA

Lo bueno, lo malo... y lo mexicano

La América real y la América mágica a través de su literatura

Mercedes Suárez

Instituto Caro y Cuervo y Universidad de Salamanca, 2.^a ed., Bogotá, 2000, 452 págs.

Una antología de textos puede tener una de varias funciones, uno de varios motivos: puede querer asombrar al lector; puede aspirar a ilustrarlo; puede querer mostrar un

mapa representativo de una época, de uno o varios estilos, de una o varias escuelas, de uno o de varios países. En el caso presente, si no me equivoco, quiere ser representativa de la sociología de un continente a través de su literatura...

Esa, la intención. El resultado difícilmente podría resultar menos logrado. Esta antología temática quizá sea buena para la socioantropología, pero lo que es claro es que resulta muy pobre para la literatura. Porque hasta las buenas lecturas pierden su salsa en este enfadoso libro. Digamos que una obra que me gusta mucho, *Los pasos perdidos* de Carpentier, —que, a propósito, como novela de

la selva, junto con la de José Eustasio Rivera, supera con mucho, a mi entender, a la tan cacareada *Casa verde* de Vargas Llosa—, resulta ser una lectura deshilvanada y absurda dentro de este contexto, y eso por no hablar de ausencia de contexto. Simplemente no se entiende qué es lo que se quiere demostrar. Ignoro qué quieren decir estos textos abrumadores, o qué quieren probar, aunque sospecho que, si de lo que se trata es de que sean representativos de lo que somos los latinoamericanos, por ahí ya nos vamos entendiendo: mediocres, llenos de altibajos, una mezcla informe entre lo bueno, lo malo y lo mexicano, una muestra más, por si hiciera falta, de que nuestra pobreza no es solamente material sino también espiritual.

La autora es mexicana, a juzgar por el hecho de haber privilegiado tantos mediocres textos mexicanos. De patética manera llega a arruinarse la muestra incluso en casos de escritores tan interesantes como Juan José Arreola. La autora nos presenta siempre lo más "americano", lo más lleno de terminología "nativa", "vernácula", "castiza", "indigenista" ("indigentista", diría Jorge Eliécer Ruiz), "terrágena", el "criollismo", o como se lo quiera llamar, es decir, lo más débil, lo más deleznable. El criollismo, dijo el maestro Sanín Cano, nos habría privado de veinticuatro entre las treinta y siete obras dramáticas atribuidas a Shakespeare.

De Arreola y de muchos otros se transcriben, casi invariablemente, fragmentos de sus textos menos valiosos. De hecho, entre paréntesis, el propio Arreola era un antologista poco feliz, como lo demuestra su antología *Lectura en voz alta*. En tanto, si hay que rescatar algo, sean acaso los textos menos conocidos de algunos autores argentinos como Mujica Láinez y Macedonio Fernández, el amigo de Borges. Pero el libro no se adentra en este terreno de enseñarnos curiosidades poco conocidas, y quizá por fortuna, a juzgar por el resultado.

Como de costumbre, no reprochamos la elección de textos, puesto que, como se defiende la autora

en el inevitable prólogo, “una antología es siempre un reto, una decisión personal que, por su propia índole, no puede satisfacer todas las demandas”. Lo que nos molesta es que esa decisión personal sea tan pobre, que el marco que la encuadra tenga una madera de tan poca calidad. ¿Pero cuál es esa madera? ¿Cuál es esa intención reagrupadora? El presentador, Luiz Sainz de Medrano, la sustenta en un célebre texto de Susan Sontag (*Against Interpretation*, 1968): “En lugar de una hermenéutica, necesitamos una erótica del arte”, aunque lamenta que no se incluyan ejemplos de literatura dramática o de ensayo entre los textos, lo cual es por demás cierto aunque no fundamental ni explica las múltiples falencias del libro. Tampoco explica sino la presencia de unos cuantos textos.

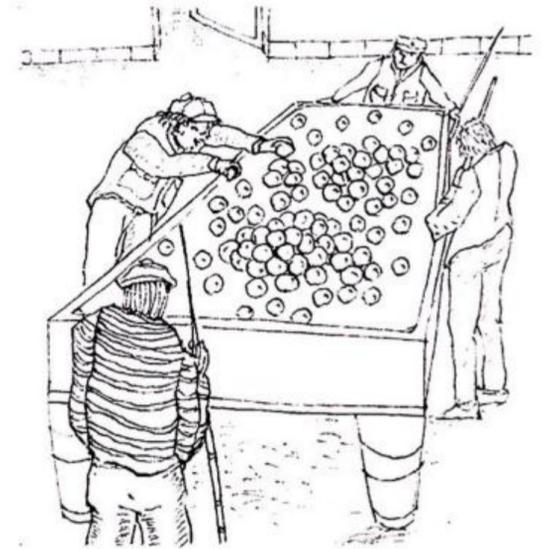


La pregunta subsiste: ¿cuál es el hilo conductor del libro? Me cuesta trabajo, a pesar de una burda asociación temática, relacionar unos textos con otros, como lo hace la autora. De hecho se me antoja que cualquier justificación es apenas una disculpa para ver juntos unos textos cualesquiera que agradan a la autora. Creo que se engaña a sí misma cuando intenta mostrar lo que es América a través de Borges o de Mujica Láinez o de Bryce Echenique o de lo mejor que tenemos, la fanta-

sía o, si se quiere, el realismo mágico. Toda América Latina está diseñada, o inventada, según Edmundo O’Gorman, para aceptar y admirar el nacionalismo y el realismo o cualquiera de sus descendencias. Lo fantástico y lo cosmopolita es más bien propiedad de minorías. Nacionalismo, realismo rampante que resaltan en buena parte de los textos. Y los breves párrafos de la compiladora no añaden nada nuevo, no demuestran creatividad ni gusto selectivo. Aquí abundan comentarios sueltos como el de que los españoles “lo que no pudieron hacer fue luchar contra la tradición centralista indígena que concentraba la vida, el poder y la riqueza, la ciencia y el arte en las metrópolis y capitales”. Afirmación que merecería siquiera una explicación, un apoyo textual. Pero invariablemente se trata de comentarios que dejan perplejo ante su falta de consistencia como aquel que pretende que “sorprenden sobremanera la coincidencia de la filosofía indígena con el pensamiento clásico español”, para añadir que en América hay ritos “que a otros pueblos pueden parecer macabros”. ¿Cómo podría ser de otra manera, siendo lo “macabro” todo lo relativo a la fealdad de la muerte? Igual podría decirse cuando se afirma que “millones de latinoamericanos sobreviven bajo el umbral de la pobreza”. En *¿Cómo se escribe un cuento?*, García Márquez plantea algunos de los vicios en los que incurren los escritores inexpertos, como el desconocimiento de las diferencias que existen entre *vano*, *umbral* y otros términos relativos a las puertas que invariablemente delatan la falta de trabajo de un autor.

Pero en cualquier antología hay algo bueno, tal cual texto que se puede leer aisladamente sin mayor daño aparente. Todos sabemos que García Márquez soporta bien las lecturas aisladas, aunque no entendemos para qué repetir unas veinte páginas de *Cien años de soledad* a gentes que bien las conocen. También están, a pesar de las tendencias “americanistas”, los autores cultos, europeizantes si se quiere: Borges, Cortázar

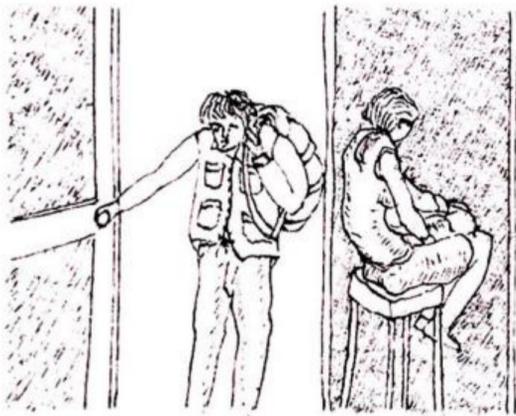
(otro que soporta el aparte breve), Carpentier, Roa Bastos o Mujica Láinez (algunos textos suyos, poco conocidos, son el aporte más interesante de este libro), Bryce Echenique, Vargas Llosa (aunque se percibe la ausencia de Ribeyro), Neruda, Vallejo (el peruano, desde luego), Alfonso Reyes, Monterroso, Fuentes, Rulfo (aunque a éste lo menciono únicamente por su fama, porque a mí no me dice nada)...



Todos estos autores pueden ser excelentes lecturas, pero en contexto. La mayor parte de ellos no se pueden leer de esta manera. Eso hace que por lo general sean preferibles los breves epígrafes que encabezan cada sección, párrafos sueltos con mayor sentido en sí mismos.

Pero también está lo malo, y en dosis generosas. Nada mejor que dar la palabra a Cortázar para expresar ese sabor amargo que nos quedó a los que tuvimos que soportar cosas como *Huasipungo* o *El mundo es ancho y ajeno* como lecturas escolares, aunque por fortuna tuvimos amigos que nos contaron que había “otra” literatura latinoamericana, y no porque aprobemos la explotación del indio o estemos en favor de la esclavitud o del “imperialismo yanqui”. Dice el argentino a propósito de la literatura cubana: “Cuando debería surgir un Homero que hiciera una *Ilíada* o una *Odisea* de esa suma de tradiciones orales, en mi país surge un señor para quien la cultura de las ciudades es un signo de decadencia, para quien los cuentistas que todos amamos son estetas que escribieron para el mero delei-

te de clases sociales liquidadas, y ese señor entiende en cambio que para escribir un cuento lo único que hace falta es poner por escrito un relato tradicional, conservando todo lo posible el tono hablado, los giros campesinos, las incorrecciones gramaticales, eso que llaman el color local. No sé si esa manera de escribir cuentos populares se cultiva en Cuba; ojalá que no, porque en mi país no ha dado más que indigestos volúmenes que no interesan ni a los hombres de campo, que prefieren seguir *escuchando* los cuentos entre dos tragos, ni a los lectores de la ciudad, que estarán muy echados a perder pero que se tienen bien leídos a los clásicos del género”.



Para no mencionar nombres, aquí están todos esos autores, codeándose atrevidamente con Borges, como aquel ganador del premio Nobel al que alguna vez Mutis llamara con toda justicia “pobre diablo” porque su genio “descubrió” que *Cien años de soledad* era un plagio de *La búsqueda de lo absoluto* de Balzac, uno de esos comentarios que sólo demuestran la pobreza de la educación literaria de quien lo hace, el típico razonamiento de quien compara los dos libros que ha leído en su vida sin que ninguno de los dos le haya enseñado a ocultar la mediocridad.

Y es que es esto lo que más se advierte en este libro. Con frecuencia se alude a las grandes diferencias sociales y económicas que hay en el continente. Pero creo, si se me disculpa, que son mucho mayores las literarias. Si para algo me ha servido esta tediosa lectura es para calibrar, a la vuelta del milenio, las diferencias abismales de talento, de educación, de genio, que hay entre

los escritores de América Latina. Con el perdón de los suecos o de quienes se hacen los suecos, ¡cuánto va de un Asturias a un Borges!

A juzgar por las breves biografías que cierran el libro, todos los escritores latinoamericanos de valor han sido autores comprometidos en la lucha social y política, y aunque a la autora nunca le avergüence la literatura “indigenista”, comenta de pronto que “la ausencia de grandilocuencia, la objetividad y la ternura” distancian la obra de Rosario Castellanos de la literatura indigenista... aunque aquélla sea de “gran interés antropológico”. Esto último es lo único que no pongo en duda.

En otra afirmación miope, nos dice que Borges “con el deseo de poner todo en duda llegó incluso a deformar documentos históricos”.

La brevísima biografía de Bryce Echenique comienza diciendo, en memorable extravío: “Durante mucho tiempo su principal preocupación ha sido la diferencia de clases existente en el Perú”. La principal preocupación del peruano, si es que algo le ha preocupado en la vida, que lo dudo, ha sido la de hacer literatura tomando esas diferencias sociales como materia novelable. Pero creo que sobran las refutaciones, porque si un comentario como ése es lo mejor que puede decir un lector acerca de Bryce Echenique, merece seguir leyendo tesis de grado socioantropológicas por el resto de sus días.



La curiosa coedición, entre el Instituto Caro y Cuervo y la Universi-

dad de Salamanca, apenas si es digna de Salamanca, ese ilustre “puerilero del espíritu”, porque “lo que natura no da...” no lo suple una universidad que se jacta de que su más célebre alumno haya sido el bárbaro carnicero Hernán Cortés. Y es que definitivamente esta antología, si demuestra algo, es que, como dijo famosamente Carlos Fuentes, lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc. Pero creo que el Caro y Cuervo se merecía algo más.

Sólo se me ocurre como moraleja de este libro la siguiente: “El que no da para más, hace arte americano”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Los oscuros soldados del amor no volverán

Todos los amantes son guerreros

Piedad Bonnett

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1998, 87 págs.

Sabemos que la ausencia del objeto amado atiza el poder creativo del amante. En otras palabras, cuando la pasión tiene un nombre, aunque se adivine el hechizo, siempre acaba pronunciándose poesía. Y en el poema *Oración*, central para entender el laberinto que propone Piedad Bonnett, asistimos a una ceremonia inconfundible:

*Ámame en su manera de llamar
[a la mesa de cuidar
a sus pájaros
en su respiración que me robó
[mi aliento
en su andar por la casa y en sus
[besos cansados
recórreme en su piel sea blanca
[o morena
y abraza mi cintura en su
[cintura
cuando se enturbie el sueño y te
[habite de nuevo la soledad
de siempre*